

Patrimonio e identidad. Atisbo etnográfico-arqueológico

Socorro C. de la Vega Doria*

La XVII Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) adoptó en 1972 la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural, que establece que el patrimonio está conformado por los conjuntos arquitectónicos, paisajes y reservas naturales que se encuentran constantemente expuestos a la degradación por la acción irresponsable de los seres humanos, la erosión, la urbanización acelerada y el turismo en masa.

Al definir el patrimonio natural y cultural, la conferencia separa los dos términos y precisa que el patrimonio natural está integrado por formaciones físicas y biológicas, los hábitats de especies animales y vegetales amenazadas que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista estético o científico, y delimita dentro del patrimonio cultural a los monumentos, conjuntos arquitectónicos, lugares que son obra del hombre o productos conjuntos del hombre y la naturaleza con un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico. Restaura esta ruptura artificial al definir el patrimonio cultural inmaterial en la convención para su salvaguarda de 2003 en París, como:

Los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconocen como parte integrante de su patrimonio cultural y transmiten de generación en generación,

los cuales *son recreados* constantemente *por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza* y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana.¹

Hago énfasis en esto porque el desarrollo cultural no se entiende sin el entorno natural y cada decisión humana afecta o está en función de este mismo entorno. Con esto no estoy haciendo retórica ambiental, sino sólo refiriendo lo que en la práctica he observado –cada técnica de producción tradicional se creó en concierto con el entorno,² sin por esto caer en determinismos–, con el ánimo de entender que, sobre todo en el pasado, incluso el reciente, la gente toma decisiones técnicas acordes con su medio, tal vez simplemente siguiendo la ley del menor esfuerzo.

Es claro que los conceptos de patrimonio cultural y natural no forman parte convencional del vocabulario de todos los seres humanos,³ ya que la cotidianidad y pobreza en que viven muchas comunidades rurales y urbanas marginales, así como el esfuerzo que representa para sus habitantes obtener el sustento diario, los mantiene ajenos a tales conceptos, con la consecuente sobreexplotación y alteración de los elementos naturales y culturales del paisaje, así como la transformación de los patrones culturales tradicionales ligados con el paisaje o sus elementos. Más aún, cuando esos patrones culturales han perdido vigencia y contenido y

¹ Las cursivas son mías.

² Condicionada por el entorno.

³ Estoy convencida de que la preocupación sobre esta materia y su definición pertenecen al pensamiento urbano y lo representan desde mediados del siglo xx hasta principios del XXI.

* Laboratorio de Análisis y Experimentación Cerámica y Ceramoteca de la Licenciatura en Arqueología, ENAH.

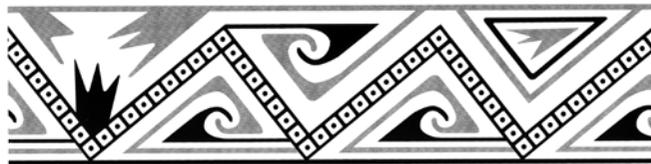
se han convertido más en obstáculo que en reivindicación, cuando el tiempo y la necesidad han suspendido su significado y el devenir los transforma sin dolor ni culpa, los habitantes de las comunidades simplemente desechan patrones antiguos y adoptan nuevos sin remordimiento, persiguiendo un beneficio individual o de conjunto.

El patrimonio visto desde esa perspectiva tiene un significado simple, se constituye por el conjunto de bienes o propiedades que los individuos o los colectivos poseen, y en el caso de estas comunidades además puede incluir el conjunto de elementos naturales que permiten la supervivencia. Pero es un patrimonio que se usufructúa sin obligaciones, sin considerar el equilibrio que establece la naturaleza con los diferentes elementos que la componen y la fragilidad de la misma, donde la extinción o el cambio de algún factor desequilibra y expone todo el ecosistema, incluyendo el componente humano.

Si bien la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural, previendo situaciones similares a las anteriores, determina la obligación de los Estados de proteger y preservar los monumentos y sitios culturales y naturales, ¿qué sucede cuando en la cabeza de políticos y administradores esta responsabilidad representa más un obstáculo para “el desarrollo” de los negocios y los pueblos que un acto de supervivencia?

Me parece que el primer paso de un investigador al proponer un proyecto para el rescate, preservación, recuperación, defensa, protección, etcétera del patrimonio es asumir que el programa tiene más posibilidades de funcionar si se trabaja con el apoyo de una comunidad del tipo que sea –rural, urbana, urbana marginal–, y el segundo consiste en lograr la empatía e interés de la misma al adentrarse en el conocimiento de sus necesidades y dificultades y haciendo que el proyecto vaya de la mano de esas necesidades, si se quiere tener éxito en tan osada empresa, a pesar de la administración pública y privada.

Por lo anterior, los proyectos en que he estado trabajando y que están ligados al Laboratorio de Análisis y Experimentación Cerámica,⁴ como “La mujer alfarera ante la preservación del patrimonio y la economía familiar y social”⁵ o “Asentamientos popolocas en el valle de Los Reyes Metzontla. Identidad alfarera”, tienen entre sus objetivos principales conocer para contribuir en la preservación del patrimonio inmaterial –la tradición alfarera– y material –cultural y el entorno– de Los Reyes Metzontla como “comunidad



tipo”. Entre los objetivos particulares están: 1) determinar el concepto de patrimonio material –natural y cultural– e inmaterial que los habitantes de la comunidad tienen, si ellos consideran que estos elementos se deben conservar y para qué y cuáles de estos elementos se consideran prescindibles, sustituibles o desechables ante las necesidades económicas de la comunidad; 2) registrar el desarrollo de la tradición alfarera en interacción con el medio y sometida a presiones económicas, sociales y culturales; 3) provocar propuestas, observar perspectivas y exponer alternativas que hagan sustentable la producción artesanal alfarera, viable la ganancia económica en armonía con el patrimonio natural y cultural material, contribuyendo a la permanencia de estas comunidades; 4) informar e incidir en la comunidad académica y, en lo posible, en las políticas públicas respecto a la estructuración de programas y proyectos de sustentabilidad.

La comunidad base para estos objetivos, Los Reyes Metzontla, se ubica en el sur del estado de Puebla, a una hora de la ciudad de Tehuacán, por la carretera a Huajuapán. Basa su economía en la producción artesanal de loza de barro bruñida y pintada –en rojo y café claro– con colores minerales naturales, ya que la mayoría de los pobladores, aunque tengan otras actividades económicas, trabajan la loza a nivel artesanal-comercial⁶ o utilitario.

Lo anterior ha llevado a una explotación metódica del medio ambiente natural. Se extraen minerales desgrasantes, colorantes y barros de muchos yacimientos; se utilizan muchas especies vegetales como combustibles, lo que ha modificado la dinámica de los ecosistemas, dando como resultado la desaparición de varios elementos naturales en las inmediaciones del pueblo. La consecuencia de esto es que los artesanos tengan la necesidad de buscar los recursos necesarios para la producción cerámica en lugares cada vez más alejados, lo que genera un gasto extra en la producción de la cerámica.

Aunque la forma productiva tradicional⁷ parece ser muy importante para algunas alfareras –en su gran mayoría son

⁴ De la Licenciatura en Arqueología de la ENAH.

⁵ Proyecto con financiamiento de Inmujeres-Conacyt.

⁶ Las alfareras de Metzontla llaman “producción artesanal” a aquellas piezas que de preferencia son de ornato o que por lo general son compradas por gente externa a la comunidad y que no son de uso común en sus casas. En este rango caen los floreros, por ejemplo, pero también tazas y platos.

⁷ Que se ha transmitido de generación en generación.



mujeres las que trabajan la loza-, no todas están conscientes de que esto sea parte de su identidad o patrimonio,⁸ entendido este último como el conjunto de bienes espirituales o materiales heredados de los ascendientes. Es más claro para la mayoría de ellas que las formas productivas son diacrónicas y que se modifican de manera rápida o paulatina según las necesidades básicas de la sociedad. Cualquier cambio o modificación no es percibido como pérdida, sino que forma parte del proceso de adaptación de la vida productiva a las condiciones actuales. Así, de manera tan natural como dejar de hablar popoloca o sustituir un hilo de ixtle para cortar por uno de nailon,⁹ o cambiar el uso de un pulidor de piedra por una tapa plástica perteneciente a una lámpara de mano o por una cuchara de plástico, estos cambios, que llamamos “adaptaciones” o “adecuaciones culturales” al proceso de manufactura artesanal, se realizan de forma cotidiana, sin cuestionamientos ni falsos remordimientos. La cultura es dinámica y se vive.

Más reflexiones sobre este tema se hacen las nuevas generaciones que han tenido acceso a educación escolarizada. Sin embargo, esto no ha conducido, hasta ahora, a tratar de rescatar o preservar aquello que sería parte de ese bagaje cultural, aunque algunos jóvenes y adultos intentan, a partir de ejercicios escolares u organizaciones para el trabajo, salvaguardar el oficio artesanal.

En el caso del patrimonio natural sucede algo similar. Se hace uso de él y ya. Los barros necesarios para la elaboración de las vasijas se extraen de varios yacimientos: Agua San Antonio, cerro Metzontla, cerro La Coronilla, cerro Pala, loma El Barro, etcétera, en las cantidades necesarias para sustentar la producción por unidad doméstica. Los pigmentos naturales se aprovechan conforme se requieren y se aprecian tan abundantes que la comunidad incluso concesionó el cerro Tabache a empresas particulares para su explotación, de donde se extrae el colorante rojo. La leña procedente de especies antes abundantes en la comunidad,

⁸ En adelante, al referirme a patrimonio haré uso de esta acepción, a menos que se especifique en el texto.

⁹ La complejidad de esta sustitución no se percibe hasta enterarse de que antes la comunidad no sólo producía hilo de ixtle, sino que su producción estaba en función de la elaboración de sogas de ixtle para diferentes usos, *enredes* para cargar y transportar cerámica, *ayates*, *capizallos* para la lluvia y calzado (De la Vega, 2007: 29-30).

como el cazahuate (*Ipomea arborescens*) y el izote (*Yucca periculosa*), en la actualidad se trae de poblados aledaños.

La explotación de esos elementos naturales como recursos, junto con otras actividades como la agricultura y el pastoreo, han contribuido a modificar el paisaje reduciendo las áreas anteriormente pobladas por vegetación, lo cual tiene como consecuencia el espaciamiento de las lluvias y la ruptura del ciclo de reabastecimiento de los mantos acuíferos, ocasionando la escasez de agua en una región de por sí semidesértica.

Al generar un ejercicio reflexivo en el interior de la comunidad, llevando a los propios habitantes a discutir acerca del valor de estos recursos y si deben o no ser preservados, con qué fines y a través de qué medios, se ha obtenido una serie de propuestas para el uso racional o alternativo de los recursos sin que esto afecte a los sistemas o procesos tradicionales. Por ejemplo, hacer represas en bajadas naturales para la retención de la lluvia; terracear con magueyes las laderas del cerro para retener los suelos ricos en barro, la humedad que ayude a recargar los mantos acuíferos, recuperar las especies nativas y hasta obtener una ganancia de la producción de pulque o venta de piñas para la elaboración de mezcal; sembrar parcelas con especies leñíferas en vez de maíz –lo que permitiría conservar los nutrientes del suelo y aprovechar los cultivos para la quema de la loza-; recobrar de los concesionarios los yacimientos minerales de donde se obtienen pigmentos para la loza, con el fin de normalizar la extracción; producir loza artesanal de muy alta calidad que permita aumentar ingresos y preservar el oficio, además de sugerir la instalación de letrinas secas y la separación y recuperación de basura con fines comerciales.

Es importante que estas estrategias viables de conservación y aprovechamiento racional sean instrumentadas y monitoreadas por las instituciones con recursos destinados para esto, permitiéndoles seguir desarrollando sus actividades productivas sin menoscabo de sus utilidades, para que ellos mismos, conscientes de los riesgos del olvido y la sobreexplotación de los diferentes elementos naturales renovables y no renovables, operen y den seguimiento a los programas iniciados.

Más difícil se presenta la conservación del patrimonio arqueológico e histórico, así como de la memoria relacionada con ellos. La amnesia cultural provocada en tiempos coloniales por los conquistadores militares y espirituales, fomentada por las instituciones posrevolucionarias y alimentada por la discriminación y la globalización, obstaculizan esta tarea.

La primera dificultad se presenta cuando los sitios arqueológicos, con sus basamentos y plataformas piramidales, son vistos como amontonamientos desordenados de rocas que sirvieron de proyectiles a los “gentiles gigantes” que en el pasado habitaban en la cima de los cerros, “otros distintos al nosotros” que constituyen la población de las comunidades actuales cercanas.

La segunda, derivada de la anterior y de la necesidad, es la reutilización indiscriminada de los componentes (rocas) de los basamentos arqueológicos e históricos como materiales de construcciones diversas, que van desde tecorrales y bardas hasta la cimentación y el desplante de viviendas, así como el uso de los terrenos donde se hallan los sitios arqueológicos e históricos para el cultivo, el pastoreo y la extracción de elementos vegetales y minerales.

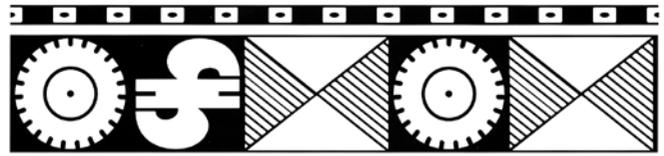
Otra más es el conflicto territorial que con frecuencia se presenta entre comunidades, y en el caso de Metzontla se complica, pues los sitios arqueológicos que se encuentran en la cima de los cerros son divididos de manera imaginaria y utilizados como límites, probablemente deformando el uso común que estos sitios tuvieron en tiempos ancestrales como centros ceremoniales, de culto o de vigia.

Lo que quiero resaltar es que en el imaginario de los habitantes de Metzontla, como seguramente sucede en el imaginario de otras comunidades, los basamentos prehispánicos –y hasta puede suceder con los históricos, aunque de ellos sí se tenga memoria– son ajenos, no pertenecen al mundo de los actuales habitantes del valle: son heredad porque se usufructúan, pero no son “suyos” porque los construyeron los gentiles¹⁰ o los empresarios históricos, que son “otros” y, por tanto, no son parte de un patrimonio que se quiera o deba cuidar y conservar. Además, el INAH y los sitios arqueológicos son concebidos como problemáticos o como formas de obtener ganancias rápidas y sencillas, otra vez sin responsabilidad sobre ellos: “Luego el INAH quiere expropiar las tierras. Ya no nos dejan trabajar. Mejor es buscar a alguien que nos ayude a trabajarlos para dejarlos bonitos y administrarlos nosotros mismos, pues pa’ que haya turismo, ¿no?”¹¹

El problema, pues, consiste en restablecer identidad entre los pobladores del presente y los del pasado y sus obras;

¹⁰ Los indígenas prehispánicos, definidos por los españoles frente a los indígenas conversos como aquellos infieles, paganos, idólatras, adoradores de falsos dioses y, aunque el término ha perdido este significado, se usa para referirse a personajes remotos con los que no hay conexión alguna.

¹¹ Éste fue un comentario del comisario ejidal, escuchado en agosto de 2011, después de tres años de estar trabajando junto con la comunidad en el proyecto arqueológico Asentamientos Popolocas en el Valle de Los Reyes Metzontla: Identidad Alfarera.



que los habitantes de ésta y otras comunidades recuperen una conexión con los lugares históricos y arqueológicos y sean entonces una parte integrante de su patrimonio, de un patrimonio que quieran recuperar y conservar no sólo por el beneficio económico que de ellos obtengan,¹² sino por el orgullo que represente para ellos saberse herederos y continuadores de culturas ancestrales.

El cómo se puede abordar de muchas maneras. En el caso específico de Los Reyes Metzontla, decidí trabajar esta identidad mediante lo que es más representativo, polémico, antiguo y contemporáneo para ellos: la producción alfarera, la loza, porque al preguntarles cómo se identifican como comunidad, cómo los identifican las demás comunidades, ellas –las mujeres alfareras– contestaron: “Somos las alfareras de Los Reyes Metzontla, eso hacemos y así nos conocen”.¹³

Por eso el principal interés y objetivo de ambos proyectos se centra en la producción alfarera como tradición viva, como patrimonio inmaterial que hay que documentar, promover, soportar... pero también en la recuperación de cerámica procedente de los sitios arqueológicos a través de técnicas *idem* y su análisis no sólo tipológico, sino también formal, técnico y físico,¹⁴ que nos permita establecer comparaciones y vínculos identitarios entre la cerámica contemporánea y la arqueológica para generar una “Identidad Alfarera”.

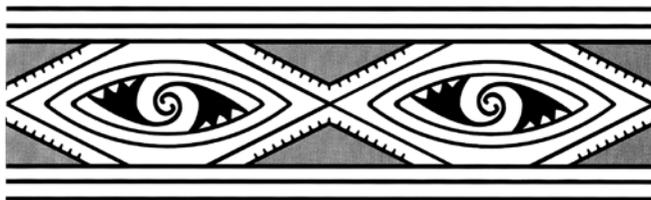
Esa identidad no pretende establecer conexiones ni continuidad étnica,¹⁵ sólo un parentesco a nivel de cultura

¹² Aunque, si en los planes de explotar económicamente un sitio se incluyera su rescate y salvaguarda, algo se habría avanzado.

¹³ “En un simposio sobre el valle de Metzontla, realizado en abril de 2005, uno de los temas a discutirse era precisamente la identidad étnica de los pobladores de Reyes, si ellos se reconocían como pertenecientes a la etnia popoloca o de qué manera se identificaban. La conclusión fue –en boca de una de las alfareras, doña Esther Medina– que la comunidad, lejos de establecer su vinculación grupal a través del lenguaje, se caracterizaba como los que hacían loza; a diferencia de los [popoloca] de otras comunidades que hacían sal o cestería y esto daba como resultado otro tipo de organización comunal y vinculación grupal” (De la Vega, 2007: 72).

¹⁴ Haciendo uso de varias técnicas como la petrografía, los análisis por activación neutrónica y difracción de rayos X, procedentes de diferentes disciplinas científicas, y en colaboración con Ingeniería de la UNAM y el Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares.

¹⁵ Los actuales pobladores de Los Reyes son popolocas, *ngi’was*, aunque no se reconocen ya como tales. Años de dolorosa persuasión ordenada



arqueológica –lo material como resultado de lo social, lo económico, lo ideológico–, específicamente de cultura cerámica:

El conocimiento de un oficio artesanal es identitario porque reúne en grupos a individuos que comparten conocimientos técnicos ancestrales, entendimiento del medio ambiente, capacidad de experimentación y sensibilidad creativa; crea pueblos que se distinguen por éste, su oficio, porque compartir preocupaciones técnicas, de abasto y de mercado los diferencia de otros pueblos con la misma lengua y origen pero diferente oficio. Reúne grupos con las mismas preocupaciones, generando ritualidades y cosmovisiones diferentes relacionadas con su quehacer cotidiano (De la Vega, 2007: 6).

La conexión identitaria sería, entonces: habitante-conocimiento del medio-explotación de sus elementos como recursos-desarrollo de una técnica de producción alfarera que responde a las necesidades generadas dentro de ese medio-culturas cerámicas materiales y elementos cognitivo-ideológicos similares.

Es decir, los habitantes antiguos de este mismo territorio: gentiles, antepasados o quienes hayan sido, tenían necesidades similares dentro de un entorno muy similar al nuestro, y desarrollaron soluciones similares a las nuestras. Como ellos fueron primero que nosotros, es posible que nosotros seamos herederos de las técnicas que ellos crearon –en concordancia con los elementos del entorno que tomaron como recursos para la producción– y la visión del mundo que forjaron, ya sea porque descendemos de ellos –son nuestros antepasados– o porque aprendimos de ellos. Aunque no fuera ninguna de las dos anteriores, en todo caso ellos nos precedieron en tiempo y llegaron a los mismos procedimientos; ellos fueron alfareros como somos nosotros: ellos somos nosotros.

por la SEP provocaron que renunciaran a la práctica y aprendizaje de su lengua; años de hostigamiento criollo y mestizo para que renunciaran a su identidad indígena, por lo que los intentos en este sentido serían poco más que absurdos. Además, habría que reconocer las limitantes de la arqueología para lograr establecerla, en el mejor de los casos recurriendo a la analogía etnográfica, estudios históricos y etnohistóricos.

El programa de investigación y trabajo propuesto, por absurdo y ambicioso que se presente, pretende finalmente recobrar la forma más armoniosa posible de enlace entre patrimonio cultural –tangible e intangible– y natural, entendiendo que ambos finalmente son uno, que el primero debe ser ejemplo de diseño que permite sobrevivir y prosperar, recuperando algunos elementos naturales como recursos y limitando el deterioro.

Con esta finalidad se llevó a cabo una intensa etnografía de la producción alfarera. Se convocó a un simposio para plantear problemáticas, soluciones e ideas en torno a la misma. Se recolectaron muestras actuales de loza, pigmentos, barros, desgrasantes y tiestos arqueológicos, tanto en recorrido como en excavación, con las técnicas apropiadas, y se realizaron los análisis físicos necesarios para su comparación.

También se han entregado a la comunidad, por medio de las autoridades civiles y president@s de los grupos alfareros, informes de trabajo, publicaciones, fotografías y video, donde se exponen las problemáticas y posibles soluciones, además de que se han organizado pláticas y presentaciones públicas dentro de la comunidad para informar, hacer llegar conclusiones y provocar la reflexión.

Falta generar cursos de concientización, sensibilización y capacitación para la salvaguarda del patrimonio, así como proponer un plan integral de sustentabilidad y desarrollo para las comunidades que concierte los esfuerzos de progreso económico con la recuperación y preservación del patrimonio. Para ambas cosas es necesario concertar voluntades entre instituciones y contar con recursos monetarios.

Bibliografía

- Vega Doria, Socorro C. de la, "Asentamientos popolocas en el Valle de Los Reyes Metzontla. Identidad alfarera", México, proyecto de investigación presentado ante el Consejo de Arqueología del INAH, 2007.
- , *La mujer alfarera ante la conservación del patrimonio y la economía social y familiar*, México, Inmujeres/Conacyt/ENAH-INAH, 2007.
- Vega Doria, Socorro C. de la (coord.), *La alfarería de Los Reyes Metzontla: pasado, presente y futuro*, México, Inmujeres/Conacyt/ENAH-INAH, 2006.
- Vega Doria, Socorro de la, Norma Hernández Zarza, Rosa Animas Moctezuma y Serafín Sánchez Pérez, "¿Por qué los arqueólogos hacemos etnografías? Introducción a la etnografía de una comunidad alfarera, Los Reyes Metzontla", en *Arqueología*, México, INAH, núm. 35, 2005, pp. 148-164.